

XXV

Al siguiente día, á la hora fijada, en la nebulosa claridad del amanecer, un poco antes del instante en que se despiertan los pájaros, los seis conspiradores, cubiertos con largos gabanes, avanzaban mutuamente á su encuentro, en grupos de á tres.

La hierba estaba húmeda, un fuerte olor á verdura subía del foso, y los combatientes machacaban sin piedad con los pies, los más hermosos cintillos de perlas que nunca rocío alguno ha extendido sobre las finas telas que las arañas han laborado en agosto. ¡Pero tenían en sus cerebros otra cosa muy distinta que el cielo gris con bandas sonrosadas por Oriente!

Se midió la distancia con la mayor exactitud posible. Batourof cogió el arma que le presentaban.

—Permitidme, señores — dijo el testigo de más edad, — ¿antes de ejecutar un acto irreparable, no sería posible una explicación entre ustedes?

Batourof levantó los hombros, é indicando á Ladof con la pistola, repuso:

—Pregúntenselo ustedes á él, pues es el único que sabe por qué quiere batirse.

El testigo se volvió hacia Ladof, recibiendo esta contestación:

—Todo arreglo es imposible entre nosotros.

Los dos adversarios ocuparon sus puestos respectivos y, en espera de la señal, reinó profundo silencio.

Batourof, contemplando á Ladof, maquinalmente se retorció el bigote. Sus pensamientos podían traducirse en estas frases:

—Badulaque, ¿por qué quieres que te rompa un brazo ó una pierna? ¡Vienes á plantarte delante de mí sin saber el peligro que corres! ¡Tiro muy bien, gran imbécil, y si quisiera te haría pasar en cama seis semanas para que aprendieses á reflexionar! Pero me pregunto: ¿por qué he de hacerte mal? ¡pues es evidente que vienes empujado por una mano extraña y no eres el único responsable de tu necedad!

Por su parte, Constantino pensaba lo siguiente:

—¡Pobre Batourof! Es bastante simpático, hace catorce años que le conozco. Aun llevaba blusas encarnadas con galones de oro, pantalones de terciopelo negro, cuando lo conocí, en casa de mi tía, la fiesta de Navidad. ¡Dios mío, cuánto tiempo hace!

Yo no puedo matar á un camarada que ha sido siempre bueno para mí. Usted lo quiere, Olga cruel, si el destino lo exige, moriré por usted.

—¡Uno, dos, tres!—dijeron los testigos dando las palmadas.

Sonaron dos disparos, el humo subió con lentitud en la húmeda atmósfera y en ambos lados se oyó decir:

—¡Ha tirado al aire!

—Ha tirado al aire—repitieron Constantino y Ba-

tourof, quienes, franqueando en dos saltos la distancia que les separaba, cayeron uno en brazos de otro llamándose:—¡Querido amigo!

Concluída esta expansión, los testigos se acercaron cambiándose numerosos apretones de manos; el honor estaba á salvo. Se citaron para almorzar á las once en el restaurant del *Chalet*; mientras los testigos se iban á dormir un rato para indemnizarse de la noche pasada en vela; los reconciliados adversarios, más amigos que nunca, cogidos del brazo, iban á dar una vuelta por el parque, cuya verja se abría á los primeros rayos del sol.

—¿Vamos—dijo Batourof,—ahora que todo ha concluído, dime por qué ayer tarde te mostraste tan feroz conmigo, pues si tú no me lo dices, nunca sabré por qué íbamos mutuamente á matarnos?

—¡Oh! amigo mío; estoy locamente enamorado—respondió Ladof.

Batourof levantó las manos al cielo, como para tomarle por testigo de que todo se lo explicaba; luego, cogiendo un brazo de Constantino, le apretó con fuerza contra el suyo.

—Explícame eso—le dijo con la autoridad que da la profesión militar.

—Ya lo ves—repuso Constantino.—Estoy enamorado de una estrella; es infinitamente más rica que yo, de familia...

—¿No es una gran duquesa?—interrumpió Batourof con inquietud.

—¡No, no!

—Entonces, puedes casarte: los Ladof pueden aliarse con todo el mundo.

—Es que tiene una madre tan orgullosa... y, amigo mío, después de lo que ha pasado, me cuesta trabajo el decírtelo, ¡tú no has sido cortés con ella! Sé que ella ha sido imprudente, pero...

—¿Pero qué?—exclamó Batourof plantado en medio del sendero,—¿puedo, al fin, saber en qué consisten mis errores, á quién he faltado?

—¡Olga Orlina!—murmuró Ladof bastante cohibido y más avergonzado de lo que quería aparentar.

—¡Olga Orlina! ¡Ah! ya comprendo—dijo Batourof riendo con tantas ganas que tuvo que sentarse en un banco que había cerca.—Comprendo su cólera y la tuya. No hay por qué fustigar á un gato, querido amigo. Pero ante todo, dime la verdad, ¿es ella quien te ha enviado?

Ladof, confuso, respondió con un ademán de cabeza.

—¡Peste, es una mujer que sabe vengarse! ¡Y bien! esta es la verdad, y te juro que es la verdad completa. Nadie se divierte mucho en el instituto de mi noble tía. El día de su santo, que es en el mes de julio, fuí á pasar la tarde con ella. Después de los saludos de costumbre, mi venerable tía, que, dicho sea entre nosotros, vale menos que el diablo, había invitado á tomar el te á sus más hermosas pensionistas. Se conversó; esas señoritas se quejaron de que se las mataba de hambre; yo propuse, por broma, llevarlas qué comer; los Mirsky eran de la partida; la hermosa princesa, con ese aire testarudo que le conoces, nos desafió á que lo hiciésemos. Juré tragarme á mi tía, aunque fuese atravesada, si se atrevía á impedírmelo; empeñamos una apuesta que

fué ganada, pues acudimos á la cita llevando las provisiones... ¡Tu enamorada es un buen tenedor, tiene un magnífico apetito!

—Batourof—suplicó Constantino.

Su amigo sonrió y añadió:

—¡Bien! si eso te molesta, te diré que no come nada; es una sílfide, siempre dejaba intacta la cesta. Comprenderás perfectamente que era una diversión bastante buena para durar, y ha durado lo que duran las rosas, algunas semanas, hasta que un día se enteró mi temible tía y no pude continuar mi imprudente empresa... Fué ella la que nos puso en la puerta.

Constantino continuaba preocupado. Batourof añadió:

—¿Qué quiere tu linda princesa? ¿Que deje de hacerla gestos cuando la encuentre? ¡Nada más fácil! Al creer que eso la molestaba, no me hubiera aventurado á ir tan lejos. Si es que puede serte agradable, le daré mis excusas en tu presencia. ¿Es esto?

—Confieso—dijo Ladof tranquilo—que sería lo mejor.

—Pues bien, entendido; cuando quieras estaré á tus órdenes; entre tanto, si queremos hacer honor al almuerzo, sería prudente irnos á dormir un par de horas.

Los dos amigos se separaron estrechándose las manos con más efusión que nunca.

XXVI

La tarde de aquel mismo día tan heroicamente comenzado, todo el mundo elegante tenía noticia del duelo que se verificó entre un hombre civil y un militar, por el honor de una señorita del instituto. ¿Cómo el motivo del duelo había llegado á conocimiento del público? Esto sería difícil de explicar, sin los repetidos brindis que cerraron el almuerzo, entre los cuales un *¡A la salud del instituto de mi tía!* había sido pronunciado varias veces por Bataourof. Después de esto, la cuestión había seguido envuelta en todo el misterio deseable.

Cuando Ladof, un poco emocionado, las malas lenguas lo hubiesen atribuído á consecuencia de las libaciones de un copioso almuerzo, pero en el fondo no era así, era únicamente al pensar en la acogida que le dispensaría Olga; cuando Ladof se presentó ante la princesa Orlina, que, como de costumbre, estaba sentada en su mecedora, al verle entrar le amenazó con la mano.

—Venga usted acá, buena pieza—le dijo riéndose.—¿Qué le ha pasado? ¿Quiere usted acuchillar á los húsares por defender el honor de las damas? ¡Valiente Don Quijote!

Olga, muy pálida, sentada á poca distancia detrás de su madre, fijó sobre Constantino una mirada de gratitud, y tal vez de algo más. El pobre muchacho perdió la gravedad.

—Dios mío, princesa—balbuceó,—no sé qué tonterías la han podido á usted contar...

—Probablemente la misma que usted ha hecho—repuso la princesa con una sonrisa que desmentía la severidad de sus palabras.—Vamos, confíeselo usted, valiente caballero; ¿qué ha pasado?

—En verdad, no sé...—repuso Constantino turbado.

La princesa levantó el dedo índice con orden de mando; buscó Ladof un pretexto y lo halló.

—Se ha dicho, entre jóvenes, que por lo general las señoritas del instituto estaban mal educadas... No he podido soportar esta apreciación, que me ha parecido una injuria... para algunas casas... en que tengo el honor de ser admitido...

—Notoriamente, la mía—le interrumpió la princesa haciendo con la cabeza un ademán de asentimiento.

En aquel instante, entraba Ariadna en la terraza donde se verificaba esta conversación, sorprendiéndose al ver la actitud poco gallarda de Ladof, cuyo aspecto era muy semejante al de un perro de caza que teme ser castigado.

—Seguramente, la vuestra princesa... y también...

—¡Vamos, usted ha incluido á todo el instituto! ¿Quién de los dos ha muerto?—agregó la dama con entonación más reposada, cosa que acabó de perturbar á Constantino.

—Pero, princesa, nadie como usted lo ve...

La princesa prorrumpió en risa; su hija no pudo resistir al contagio y ocultó su hermoso semblante enrojecido detrás del pañuelo.

—¿Se ha batido usted, caballero?—dijo Ariadna á Ladof con entonación un poco trémula.

Feliz al ver que le llegaba un refuerzo en el instante en que la ingrata Olga le abandonaba con tanta crueldad, Constantino, agradecido, se volvió hacia la joven.

—Una pequeñez, señorita... Demasiado feliz por haber podido proporcionar un poco de alegría á la princesa y á la señorita Olga...

Estas casi en el acto habían recuperado su seriedad; la princesa tendió la mano al joven, quien la besó con bastante mala gana.

—Vamos, señoritas—dijo la princesa Orlina,—den sus manos á besar al señor Ladof, es lo **menos** que pueden ustedes hacer por él, después de lo que él ha hecho por ustedes. ¡Pero que no se atreva á volverlo á hacer, pues de lo contrario lo plantaré en la puerta de la calle!

Con un movimiento generoso é irreflexivo, Ariadna tendió la mano al joven, quien respetuosamente la llevó á sus labios. Palideció, retirando la mano en seguida. Aquel beso frío no era el que esperaba; pero era tan ignorante en cuestiones de amor que al cabo de un instante se reprochaba aquella acción injusta, para un hombre que había arriesgado la vida por ella.

¿No había de ser por ella? Indudablemente, alguna frase malsana, como las que dijo el general Fré-

mof, había llegado á oídos de Ladof, y éste la había vengado. ¡Qué mejor prueba de estimación y de ternura! Y si él no le hablaba era porque, sin duda, aun no había encontrado un instante adecuado. Ariadna se consoló con esta idea, pero sin poder recuperar la paz que su alma tenía antes.

Olga, sin tantos cumplimientos, había abandonado su mano á Constantino, y una imperceptible presión recompensó á éste.

Era la hora de las visitas; los jóvenes, como de costumbre, bajaron al jardín. Olga, pretextando su enfermedad de la víspera, rogó á Ariadna que la trajese un chal, y en cuanto su amiga entró en la casa, la maliciosa joven siguió con rapidez un sendero que conducía detrás de los macizos y se detuvo fuera de la vista del balcón.

—¿Y bien?—dijo muy bajito.

—¡Pues bien! señorita, él debe estar allí, detrás de la cerca. Le he dicho que venga á las cinco.

Siguieron la alameda, y en efecto, vieron la espalda de Batourof, en aquel momento ocupado en pasear su impaciencia á lo largo de la empalizada.

—¡Eh!—gritó Constantino con precaución, si es que puede gritarse de este modo.

Batourof se volvió, acercándose á ellos con precaución.

—Princesa—dijo á Olga inclinándose profundamente y permaneciendo al otro lado de la cerca,—tengo un verdadero disgusto por haber merecido el enojo de usted. Perdone mis travesuras de estudiante mal educado y esté persuadida del profundo respeto que siempre la he tenido.

Olga respondió con un ademán muy noble, que emocionó á Batourof, quien no pudiendo reprimir una sonrisa, añadió:

—¡Sin embargo, confiese usted, princesa, que era muy divertido!

Olga se sonrió, respondiendo con gravedad:

—No hay que pensar más en lo que ha pasado, pues más tarde ha habido que arrepentirse. Quisiéramos divertirnos, y hemos hecho bastante, bastante mal...

La voz de Ariadna se dejó oír, llamando á Olga en el jardín. Batourof no comprendió las palabras; pero Constantino, más en antecedentes y de una inteligencia más pronta, cogió la alusión. Mientras que Olga regresaba al parterre le dijo cogiéndole una mano, que ella no le negó:

—¿Se refiere usted á la señorita Ranine?...

—Sí—repuso Olga;—ha soportado su desgracia con un valor indomable, y además me ha perdonado generosamente el mal que la causé.

—¿Se lo ha dicho usted?—preguntó Constantino con admiración.—¡Qué generosa es usted, princesa! ¿Quién no podría amarla?

Ladof, como conviene á un enamorado, aprovechó aquella revelación para elevar más el pedestal en que su ídolo estaba colocado. Sin embargo, sería injusto no agregar que sentía más simpatía por Ariadna pensando en que había tenido que soportar inmerecidas afrentas.

Ladof tenía una de esas almas tiernas que aman con facilidad y fielmente. Esa ternura fácil y expansiva debía continuar engañando á Ariadna; mientras

que Olga dejábase apoderar por el encanto de aquella naturaleza amable y buena, que estaba segura de dominar con un gesto ó una mirada.

Ariadna hubiese querido ver un dueño en el hombre que amaba; soñaba por todo honor ponerse por completo á los pies de su esposo y quemar ante él lo mejor de su alma, como un perfume sobre el altar: este no era el ideal de Olga; pero cada uno comprende la felicidad á su manera.

Desde aquel día, una dulce familiaridad, más estrecha que nunca, reinó entre los tres amigos. Numerosos jóvenes revoloteaban en torno de la princesa Orlina y de su encantadora hija; así es, que las asiduidades de Ladof, cubiertas además con el superficial barniz de las atenciones que dirigía á Ariadna, no fueron notadas por nadie.

Olga no ocultaba á Ladof el afecto que ella le profesaba; pero había llegado á conocer á su madre y sabía que aquel matrimonio hallaría obstáculos. Sin ser ambiciosa, la princesa podía esperar para su hija una unión más brillante que aquella; esto es lo que Ladof no cesaba de repetir continuamente á su novia, quien por su parte le respondía invariablemente, tuteándole, según costumbre de los novios rusos.

—¿Pero qué te puede importar, puesto que yo te amo? ¡No es mi madre la que ha de casarse; soy yo!

Sin embargo, se convino en esperar un momento favorable para hablar de este proyecto á la princesa. Si el lector quiere saber lo que Olga entendía por *momento favorable*, tendremos que confesarle que

sobre este punto tenía ideas bien vagas. Tal vez fuera el instante en que otro pretendiera su mano... Sin embargo, aquel instante no podía serle muy favorable... Pero es asunto de ella y no nuestro.

XXVII

Algunos días después del duelo de Batourof, duelo que quedó como legendario entre los húsares, por la corrección con que los contendientes se portaron; Morini, que llegó en el tren de la mañana, presentóse en casa de la princesa, con gran asombro de todo el personal, pues así se designa á la servidumbre, que nunca ha visto venir tan temprano una visita.

Sin oír las recriminaciones de los criados, se hizo anunciar por una criada, estupefacta, en el departamento de Ariadna, y sólo se detuvo ante la puerta de cristales, que aquella cerró en sus narices, en el exceso de su indignada sorpresa.

—¡Ah!—exclamó el profesor oyendo correr el cerrojo que por primera vez se le cerraba;—¿no está preparada? Está bien, esperaré.

Sentóse sobre un cofre de madera, sin querer apartarse de allí. Cuando tenía una idea no la dejaba escapar; le era preciso ver á Ariadna en seguida. No tuvo que esperar, pronto la vió aparecer.

Antes de que ella tuviese tiempo de hablar, la cogió por un brazo y ella le condujo hacia un salón sin que se diese cuenta de ello.

—Debutarás dentro de ocho días—le dijo siguiendo el hilo de su pensamiento, con el papel de Fidéas. La Boulkof ha caído enferma, no tiene preparado más que eso para su inauguración, de manera que...

Hubiese seguido indefinidamente á no agarrarse Ariadna á su brazo por miedo á caer.

—¿Qué te pasa? ¡Ah, sí; te he dado una sorpresa! Estas jóvenes por un sí ó por un no se ponen enfermas.

—No es eso—dijo Ariadna sentándose en el primer sitio que encontró,—¿qué es lo que usted dice? No he oído bien... repítalo.

—En el teatro no hay nada preparado—empezó diciendo el profesor.

—¡No, no! ¿usted ha dicho que yo debuto?

—¡Pardiez! ¿A no ser por esto, crees que hubiese venido tan temprano?

Ariadna lanzando un gran suspiro, quedóse tendida sobre el sillón, con los ojos cerrados, tan pálida, que el profesor de canto tuvo miedo y se puso á darle golpecitos en las manos, que ella retiró en seguida.

—No me encuentro mal, querido maestro—dijo volviendo á abrir los ojos,—pero me ha dado usted la noticia con tanta brusquedad, que me ha parecido que la tierra faltaba bajo mis pies. Este es el sueño de toda mi vida, ya lo sabe usted.

—¡Y de la mía!—exclamó Morini, recorriendo el salón á pasos largos, sin piedad para las sillas y sillones que atropellaba á tuerco y á derecho.—Una alumna que yo he educado, lo puedo decir, con todo el cuidado y el amor de un padre... ¡Tendrás un

éxito! Ya lo verás.

—No sé el papel—dijo Ariadna juntando las manos.

—Eso no importa; posees el fuego sagrado y sabes cantar. Un papel se aprende en tres días.

—Nunca he puesto los pies en un teatro—agregó la joven con espanto.

—¡Valiente salida!—replicó el italiano moviendo los hombros.—Todo el mundo sabe lo que es un escenario, tablas, ¡nada más! Empezaremos esta tarde...

—¡Ya!—exclamó Ariadna, pareciéndole soñar.

—Si quieres representar de hoy en ocho días, hay que empezar en seguida. Vámos, vete á arreglar el maletín...

A Ariadna le costó mucho trabajo lograr de su profesor que esperase á que se levantara la princesa. Se volvió en seguida á San Petersburgo para anunciar que la joven aceptaba el papel que le habían ofrecido; ella quedóse sola pensando en el horizonte que se abría ante ella.

Aquello era un sueño inaudito. Después de haberse resignado á pasar diez y ocho meses en la obscuridad, veíase llamada ante el público de un modo inesperado, y ¡era un favor especial! un público que tendría en cuenta su juventud y su inexperiencia. Un público dispuesto á aceptarlo todo de ella, porque se presentaba armada de buena voluntad para reemplazar una cantante enferma; en tales circunstancias, la buena voluntad por sí sola era un auxiliar de su talento.

Pensó en todo esto, y el sentimiento de su impo-

tencia se esfumaba poco á poco en una bruma dorada; veía desfilan los esplendores de *El Profeta*; las masas relucientes de corazas y banderas, las mutaciones vertiginosas, la pujanza de los coros y la orquesta le producían vértigo; y de repente, se levantó, sus ojos miraron al vacío, al sitio solamente visible para ella; un guerrero, vestido con un traje de lana blanca, vuelve la mirada y la rechaza.

—¡No! ¡este no es mi hijo!

Este grito, donde la desesperación, el desprecio y la cólera se mezclan en un solo sentimiento, se escapó de sus labios. Ariadna entraba en su papel.

Algunas horas después, acompañada de los buenos deseos de Olga, que tenía unos pocos de celos de su dicha, de verla aparecer en escena, aplaudida y tal vez cargada de coronas, Ariadna abandonó á Pavlovsk para ir á debutar á San Petersburgo. En tanto que su porvenir no se decidiese, debería habitar en el palacio de la princesa.

XXVIII

Durante los ensayos, Ariadna no veía nada de lo que pasaba á su alrededor. Únicamente se preocupaba en cantar á compás con la orquesta y en vocalizar bien, sin inquietarse de las personas extrañas que la rodeaban. No era la escena para ella aquel local grande lleno de cuerdas, de enormes pedazos de madera pintada, con el suelo atestado de trapos y trastos. Los actores representando con trajes de paseo; la ilusión era nula; y aquel género de trabajo, por nuevo que fuese para la joven cantante, sólo era trabajo y no arte; cuando menos no era el arte tal como lo había visto en sus sueños.

Pasó aquella semana sin que hablase con nadie en el teatro, excepto para las necesidades del trabajo; veía entre bastidores personas que la miraban casi siempre con poca benevolencia, algunas veces con irritación; esas figuras se borraban de su memoria, como las sombras chinescas desaparecen de la tela, no dejando ninguna impresión. Morini, que siempre la acompañaba, en cuanto se retiraba de la escena la llamaba aparte para hacerla nuevas observaciones; para darla consejos. En resumen, la debutante en aquellos días no vió nada del teatro.